

horas que había partido el emperador. Aquel Carlos V que acababa de subyugar la Alemania, y cuyo inmenso poder tenía poco antes asombrado el mundo, había tenido que huir de Inspruck en una noche lóbrega y tempestuosa, llevado en una litera, porque la gota no le permitía marchar de otro modo, con los caballeros de su corte, á caballo unos y á pié otros, teniendo que franquear las montañas del Tirol por veredas desconocidas alumbrándole con hachas de viento sus criados. De esta manera llegó Carlos V atravesando ásperas montañas á Villach, pequeña ciudad de Iliria (1). Mauricio, su perseguidor, después de repartir entre sus soldados el botín cogido en Inspruck, regresó á Passau para celebrar su conferencia con el rey Fernando el día convenido.

Consternados también los padres del concilio de Trento con tan inopinada guerra, desertándose cada día, ó por temor ó por disgusto, los prelados alemanes, y no pensando ya cada cual sino en su seguridad propia, propúsose una suspensión y se aprobó en sesión general (28 de abril, 1552), aplazándose la reunión para dentro de dos años, ó para antes, si antes cesaba la guerra y se restablecía el sosiego. Esta decisión, á la cual solo se opusieron los prelados españoles, que opinaban por permanecer en Trento arrojando todos los peligros, se tomó antes que comenzaran las conferencias con los protestantes (2).

No habían correspondido los progresos de los franceses en Alsacia á los que en el principio habían hecho en la Lorena. Las ciudades se fortificaban y les resistían en vez de franquearseles: Strasburgo anduvo cauta en no permitirles el paso: los electores de Tréveris y de Colonia, el duque de Cleves, los cantones suizos advertían á Enrique que no se olvidara de que iba como protector, no como opresor de Alemania, y le decían que no pasara adelante: la reina de Hungría, gobernadora de Flandes, había levantado un ejército de cerca de veinte mil hombres, que al mando de Martín Van Rossen penetró y andaba talando la Champaña: escaseaban á las tropas francesas los viveres, y todo esto obligó al de Francia á retroceder, y á llevar sus estragos al Luxemburgo, no sin que antes, satisfaciendo un pueril orgullo, mandara que llevaran los caballos á beber en el Rhin, como quien hacía alarde de haber llevado sus armas hasta las márgenes de aquel río.

A esto se habían reducido las operaciones que con tanta arrogancia emprendiera el francés con el pomposo título de protector y libertador: así como por su parte, el marqués de Brandeburg, que mandaba un cuerpo de ocho mil hombres, no había hecho otra cosa, según indicamos, que devastar y aniquilar las comarcas que corría, aterrar y saquear las poblaciones, descargar un furor bárbaro sobre los eclesiásticos adictos al papa, y desacreditar con sus vandálicas excursiones aquella moral y aquella tolerancia de que querían blasonar los protestantes.

Verificábanse en tanto las concertadas conferencias entre el duque Mauricio de Sajonia y el rey Fernando de Bohemia, hermano del emperador, en Passau (26 de mayo, 1552); conferencias á que dieron mayor importancia y solemnidad asistiendo como mediadores algunos príncipes, obispos y representantes de los electores y de las ciudades libres del imperio. Lo que en ellas pedía el duque Mauricio era lo mismo que decía en su manifiesto haberle movido á tomar las armas contra el emperador. Otorgarlo todo, parecía que era rebajar demasiado la alta dignidad de un soberano como Carlos V, y ni Fernando ni sus embajadores se mostraban dispuestos á concederlo. Era ya, sin embargo, tan vivo el deseo de paz

(1) «Quién pudiera saber (dice hablando de esta desastrosa huida un historiador alemán) lo que pasaba en el fondo del alma de Carlos!... Acaso en estos días infortunados concibió la resolución de deponer la corona, si una vez podía sosegar la tormenta, y renunciar al fausto del mundo para retirarse á una soledad profunda solo con el Eterno, con el Dios inmutable. Entonces volvió la libertad al elector de Sajonia, su prisionero. Su vista debía serle ya penosa; porque aquel elector, que hecho prisionero en la landa de Lockau se había arrojado á sus piés bañado en sangre demandándole gracia, le veía ahora fugitivo á través de montañas impracticables, enfermo, sin socorro, y perseguido por otro elector de Sajonia, á quien él, en tiempos de prosperidad, había hecho poderoso.»

(2) Concilio de Trento, Sesión 16.^a—Pallavic. Hist. del Concilio.

entre protestantes y católicos, habían unos y otros sufrido tanto con las guerras, y se hacia tan temible aun á los adictos á la Iglesia romana el ejercicio del poder imperial absoluto en el pueblo alemán, que todos los mediadores se convinieron en escribir á Carlos rogándole libertase la Alemania del azote de la guerra civil, satisfaciendo en cuanto pudiese las pretensiones de Mauricio. La situación de Carlos era para meditarlo con madurez. La fuga de Inspruck le había hecho perder mucha fuerza moral: hallábase sin sus mejores tropas: conocía toda la astucia y toda la energía de su nuevo enemigo: tenía al francés dentro de sus propios Estados, y sabía que Enrique, como su padre Francisco, andaba provocando al turco contra él y contra su hermano, y excitándole á que obrara en Hungría y en las costas de Sicilia y de Nápoles: la España, disgustada del largo alejamiento de su soberano, y cansada de ver morir sus hijos y consumirse sus tesoros en apartadas regiones y en guerras inútiles para ella, repugnaba y dificultaba enviarle sus hombres y su dinero. Estas y otras consideraciones, por mas desagradables que fueran á quien se acababa de ver tan poderoso y había sido tantas veces vencedor, merecían pensarse antes de rechazar la transacción que se le proponía.

Para esforzar estas razones pasó Fernando en persona á Villach, residencia del emperador su hermano. Fernando las tenía también muy fuertes para desear por su parte la paz, y no era la menos atendible el ofrecimiento que Mauricio le había hecho de ayudarle personalmente y con todo su ejército en Hungría, siempre que aquella se estableciera sobre bases sólidas y firmes. Pugnaba, pues, el emperador entre los poderosos motivos que le aconsejaban la paz, y el sacrificio de amor propio de doblegarse á las exigencias de uno de sus antiguos súbditos que le debía todo lo que era, y de renunciar á un plan con tanto ardor comenzado y con tanta constancia proseguido. Fué, pues, su primera respuesta negarse á toda condición que le obligara á reconocer el libre ejercicio de la religión protestante; y pedir además la indemnización de las pérdidas que le había hecho sufrir el desenfreno de las indisciplinadas tropas de algunos confederados. Muy sobre sí estaba Mauricio para aceptar como admisible esta proposición, bien la considerara como formal negativa, bien como medio de entretenimiento. Y conociendo que la mejor manera de estrechar al emperador era mostrarse parte y obrar con resolución y energía, salió bruscamente de Passau, y dando por rotas las conferencias y poniéndose de nuevo á la cabeza de sus tropas, procedió á sitiarse formal y vigorosamente la ciudad de Francfort-sur-le-Mein.

Redobló entonces Fernando sus instancias con el emperador su hermano. Aflojó también Carlos de su primera dureza, y se prestó mas benévolo á oír las proposiciones de paz, con tal que Mauricio cediera también en algo en sus demandas. Y como el de Sajonia, á pesar de toda su aparente arrogancia, comprendiese bien lo temible que podía ser todavía un esfuerzo del emperador, poco á poco fueron ambos llegando á términos de poder concertarse y transigir. Volvió, pues, Mauricio de Sajonia á Passau, y todas aquellas pláticas y negociaciones dieron por fruto el tratado siguiente (31 de julio, 1552).

Que para el 12 de agosto los confederados licenciarian sus tropas, á no ser que quisiesen servir al rey de romanos, ó á otro príncipe, siempre que no fuese contra el emperador: que para el mismo día sería puesto en libertad el landgrave de Hesse, y conducido con seguridad á su castillo de Rheinsfeld, cumpliendo él lo que ofreció á Carlos cuando fué preso: que dentro de seis meses se celebraría una Dieta en la cual se decidirían todas las cuestiones religiosas: que entre tanto ni los unos ni los otros se perturbarían en el ejercicio de su respectiva religión y culto: que la cámara imperial administraría justicia imparcial é indistintamente á católicos y protestantes: que no se pidieran los daños hechos en esta guerra hasta que la Dieta lo determinara: que el marqués de Brandeburg pudiera ser comprendido en este tratado, con tal que desarmara y licenciara luego sus tropas: que los confederados se apartarian de la alianza con el rey de Francia, y que este pudiera exponer sus agravios al duque Mauricio, y el duque informar de ellos al emperador: que si la futura Dieta no lograba ter-

minar las contiendas religiosas, la parte de este tratado favorable á los protestantes quedaría válida para siempre (1).

Tal fué el célebre tratado de Passau, por el cual se vieron desvanecidos todos los grandes proyectos que por espacio de tantos años había formado y trabajado por realizar el emperador Carlos V sobre el imperio alemán, y principalmente para impedir en aquellos dominios la propagación de las doctrinas luteranas y el ejercicio de la religión protestante, la cual desde este convenio recibió una autorización pública y legal de que siempre había carecido. Así se frustraron también en gran parte los esfuerzos del concilio Tridentino por restablecer la unidad del dogma católico en la Iglesia cristiana. Este tratado, humillante para Carlos V, y mas por haberle sido impuesto por uno de sus vasallos que solo á la sombra de su favor había adquirido la importancia que llegó á alcanzar, señala el punto de decadencia del antes inmenso é ilimitado poder del emperador. Es igualmente notable y extraño que quien mas quebrantó el poder de Carlos y quien mas consolidó la reforma en Alemania, fuese el mismo que poco antes había ayudado mas á los triunfos del emperador, y á la destrucción de la confederación reformada. Por tan extraños caminos conduce la Providencia los sucesos y los encamina á sus altos y ocultos fines.

CAPÍTULO XXIX

Carlos V y Enrique II de Francia

DE 1552 Á 1556

Campaña del emperador contra Enrique II de Francia.—Grande ejército.—Célebre sitio de Metz.—Páase al emperador el de Brandeburg con su gente.—Heróica defensa de Metz: el duque de Guisa.—Trabajos y calamidades del ejército imperial.—Desastrosa retirada.—Rebelión y guerra de Siena.—Descontento y alteraciones en Nápoles.—Armada turca en Italia.—Guerra civil en Alemania.—Muerte de Mauricio de Sajonia.—Refugiase en Francia el de Brandeburg.—Guerra entre franceses y flamencos.—El príncipe Filiberto de Saboya.—Enrique II de Francia en Flandes.—Se ve obligado á retroceder á su reino.—Guerra en el Piamonte.—Casamiento del príncipe don Felipe de España con la reina de Inglaterra.—Carlos V le cede el reino de Nápoles y el ducado de Milan.—Nuevas guerras entre Carlos y Enrique.—Estragos horribles de unos y otros ejércitos.—El duque de Alba, generalísimo de las tropas del Piamonte: su fama en Italia: lo que hizo.—Trama de un guardián de San Francisco para entregar á Metz, y su resultado.—Dieta de Augsburgo.—Reconócese la libertad de cultos en Alemania.—Sucesion de pontífices.—Paulo IV.—Su carácter.—Su odio al emperador.—Alianza de Paulo IV y Enrique II contra Carlos V.—Proceder de Carlos y de su hijo Felipe con el papa.—Abdicación de Carlos V en su hijo.

Por mas sensible que sea al historiador español tener tanto tiempo apartada su vista de España, durante la larga ausencia del emperador; por mas que se sienta ver como absorbida la nación por el imperio, forzoso nos es seguirle todavía algun tiempo en aquellos países: porque la figura gigantesca de Carlos V es tal que arrastra al historiador y le obliga, como obligaba á todos los hombres de su tiempo, á seguirle y contemplarle do quiera que estuviese ó se moviese.

Firmada, pues, la paz religiosa de Passau; libres después de cinco años de cautiverio los dos príncipes protestantes, Felipe de Hesse y Juan Federico de Sajonia; cumpliendo el duque Mauricio con la obligación adquirida en el tratado de pasar con un ejército á Hungría á auxiliar al rey Fernando contra los turcos; quedando solos fuera del convenio, por una parte Alberto de Brandeburg, que prefirió seguir devastando con sus bandas de forajidos y saqueadores las tierras de Maguncia, Spira, Tréveris y Strasburgo, por otra el rey de Francia que no había sido comprendido en el concierto, el emperador Carlos V, reunidas las banderas de alemanes, bohemios, italianos y españoles que había empezado á juntar para la guerra contra Mauricio, y llamando á su servicio las tropas que licenciaban los confederados, determinó emplear todas estas fuerzas contra Enrique II de Francia. Como una mengua y una

(1) Colección de Tratados de paz, t. II.—Dumont, Corps Diplomat.—Sandoval, lib. XXXI, pág. 25.—Robertson, lib. X.

afrenta intolerable miraba Carlos las conquistas hechas por el francés en la Lorena, y se propuso recobrarlas. Partió, pues, el emperador de su retiro de Villach á la cabeza de un grande ejército, haciendo primeramente oír la voz de que iba á Hungría en socorro de su hermano, y fingiendo después que marchaba contra el de Brandeburg como contra vasallo rebelde, pasó sucesivamente á Inspruck, Augsburgo, Spira y Strasburgo.

Mas á pesar de la cautela con que procuraba encubrir su verdadero designio, no dejó de comprenderle ó adivinarle Enrique II de Francia, y resuelto á conservar á todo trance la plaza de Metz, encomendó su defensa al duque de Guisa, Francisco de Lorena, noble francés, valeroso, sagaz, activo, dado á ganar fama y renombre por medio de empresas gloriosas, y á quien por lo mismo se le reunió voluntariamente una gran parte de la nobleza y de la juventud francesa, con el deseo de pelear al lado de un jefe tan hábil y esforzado. Fortificó el de Guisa la plaza á propósito para resistir un sitio; derribó casas, destruyó arrabales enteros, y arrasó monasterios é iglesias, todo lo que pudiera favorecer la aproximación del enemigo. Cerca de Metz se había colocado el de Brandeburg, como amagando unirse al francés. En esta situación se acercó á Metz el ejército imperial, fuerte de sesenta mil hombres, y dió principio á los trabajos del sitio, cuya dirección y mando había encomendado el emperador al duque de Alba (octubre, 1552).

El de Brandeburg, á quien de uno y otro campo se hacían proposiciones y ofertas, como hombre que había mostrado ser de calidad de dejarse tentar por el interés, después de alguna vacilación concluyó por aceptar las del emperador que halló mas ventajosas, y se pasó á los imperiales con las cincuenta banderas y la caballería que acaudillaba. Causó esta resolución tanto enojo al rey Enrique, que en su despacho envió con gente al hermano del duque de Guisa (2), con orden de que empleara cualesquiera medios para matar al de Brandeburg. Mas en vez de ser este el sorprendido, se arrojó súbitamente con su caballería sobre la huerte francesa, y la arrolló y destruyó, haciendo prisionero á su caudillo.

Con el refuerzo que llevó el de Brandeburg al campo imperial, y con la gente que acudió de Flandes llegó el emperador á reunir un ejército de cien mil hombres, uno de los mas numerosos y lucidos que se había visto jamás: contábase en él seis mil españoles, cuatro mil italianos, cincuenta mil alemanes, los demás flamencos y muchos mercenarios; llevaba unas ciento y catorce piezas de batir, y quinientos mil caballos entre ligeros y de tiro. Carlos, á quien la gota tenía retenido en Thionville, se hizo trasportar al campo en litera (10 de noviembre) para activar y estrechar el sitio. Ni el de Guisa ni los nobles franceses dieron muestra de flaquear un momento, ni por verse rodeados de tan formidable huerte, ni por las brechas que en los muros abría su artillería, ni por los asaltos que con mas arrojo que buen éxito intentaran los imperiales. Señalóse este sitio por la firmeza imperturbable que conservaron siempre los sitiados. Contrariaba á los sitiadores el crudo y deshecho temporal de frios, aguas y nieves: inundaron estas su campo; los soldados, especialmente los italianos, y españoles, no pudiendo sufrir tan rigurosa temperatura, enfermaban y morían; sucumbieron también muchos de otras naciones, y las bajas del ejército llegaban ya á treinta mil. Cobijado el emperador á causa de la gota en su casita de madera, diariamente preguntaba qué tiempo hacia, y como nunca la contestación fuese lisonjera, «pues siendo así, dijo un día, no hay que esperar mas, sino que nos vayamos; pues la fortuna es como las mujeres; prodiga sus favores á la juventud, y desprecia los cabellos blancos.»

Levantóse, pues, el sitio de Metz (26 de diciembre) al cabo de dos meses de terribles padecimientos. La retirada del ejército imperial fué desastrosa; los campos iban quedando cubiertos de enfermos y de moribundos, y el duque de Guisa que los perseguía tuvo menos necesidad de manejar la espada

(2) A este hermano del duque de Guisa le da Robertson el título de duque de Aumale, Sandoval el de duque de Angulema, Saint-Prospere le nombra duque de Nemours.

contra los enemigos, que de emplear la compasión y la humanidad para con los desgraciados. Los mismos vencidos elogiaron el generoso comportamiento del de Guisa. El sitio y retirada de Metz fué una de las mayores adversidades que en su vida experimentó el emperador (1).

No fueron estos solos los contratiempos que aquel año sufrió Carlos V. Dióle también no poca pesadumbre la rebelión de Siena. Era esta una de las ciudades libres de Italia que despedazada por los partidos interiores se había puesto bajo la protección del imperio. Para mantener la tranquilidad de aquella pequeña república había puesto allí Carlos una corta guarnición de españoles al mando de don Diego de Mendoza. Mas este caudillo, en vez de hacer oficios de protector, se convirtió en tirano de los sieneses; construyó una fortaleza para dominarlos, y los oprimió de modo que al fin reventaron, y ayudados del conde de Petillano á quien Mendoza había entregado un cuerpo de tres mil italianos para la defensa contra el turco, y él empleó traidoramente contra los españoles, alzándose contra los que de aquella manera los tiranizaban. No podemos detenernos á dar cuenta minuciosa del levantamiento y guerra de los sieneses. Diremos en resumen, que á instancia de los españoles envió en su socorro el duque de Florencia, Cosme de Médicis, hechura del emperador, al marqués de Mariñano, joven y activo general, el cual obró de concierto con don Juan Manrique de Lara que levantó en Roma un cuerpo de italianos y españoles. En auxilio de los sublevados de Siena acudieron los franceses, y su general Pedro Strozzi sostuvo diferentes encuentros y combates con el marqués de Mariñano y el español don Juan Manrique de Lara. Al fin, después de varias vicisitudes, vencido Strozzi en batalla por el de Mariñano, hizo un convenio por el cual volvía la ciudad de Siena á quedar perpetuamente bajo la protección del imperio, el emperador había de tener en ella presidio y ordenar su forma de gobierno como quisiese, si bien no pudiendo erigir fortalezas sin consentimiento de los ciudadanos, y los franceses habían de salir libremente con armas y bagajes y obtener paso seguro por Florencia. «Tal fué, dice un historiador español, el fin de la guerra de Siena, la cual cargaron los sieneses y otros á don Diego de Mendoza.... Y como el duque de Florencia hizo el gasto principal de esta guerra, y el marqués de Mariñano fué el principal de su gente, y era tan escogido y señalado capitán, diósele el nombre, honra y gloria de la victoria: mas por cartas del pontífice, emperador y rey su hijo, parece haber sido don Juan Manrique de Lara uno de los señalados y que mas hizo en esta empresa, y como á tal le da las gracias de esta victoria, que fué de harta importancia para que el francés no volviera á inquietar á Italia (2).»

(1) Avila y Zúñiga, Comentarios sobre las guerras de Carlos V.—Saligne, Diario del sitio de Metz.—Daniel, Hist. de Francia, tomo III.—Sandoval, lib. XXXI, p. 28.

(2) Esta guerra duró hasta 1555. Sandoval habla de ella con bastante extensión.

Hicieron los soldados españoles en Siena, como algunos años antes en Castelnuovo, hazañas heroicas y de maravillosa serenidad. Entre ellas citaremos solamente la de tres que pudieron salvarse entre otros cincuenta que habían sido sorprendidos por las tropas del conde de Petillano. Estos tres se refugiaron é hicieron fuertes en una pequeña torre de la puerta Romana. Allí se defendieron los tres solos bastante tiempo. Viendo el conde su obstinada resistencia, mandó incendiar la puerta de la torre; mas ni el fuego les intimidó, ni las armas los hicieron rendirse. Dos caballeros franceses, Mr. de Termes y el prior de Lombardia, admirados del valor y serenidad de aquellos soldados, los llamaron á voces y haciéndolos asomar á una ventanilla: «Valientes españoles, les dijeron, lo que queremos no es mas que libraros de la muerte, pues es razon que hombres tan esforzados como vosotros sean favorecidos. Por esto os rogamos que os rindais, y si quisierais servir al rey de Francia se os darán pagas dobles. Ya veis que aquí no podeis vivir, pues ni teneis que comer, ni os podreis defender de tantos.»—El que estaba asomado respondió por todos diciendo: «Si el rey de Francia es tan bueno, no le faltarán soldados: nosotros queremos antes perder las vidas que dejar de servir á nuestro rey y señor natural. Los que decís que nos falta comida, sabed que tenemos abundancia de ladrillos, y que los españoles, cuando nos falta pan, con estos molidos nos sustentamos.» Hizoles gracia la arrogancia española á los franceses, y sacándolos de allí los pusieron en salvo.—El obispo Sandoval refiere este caso en el libro XXXI.

Carlos V después del desastre de Metz se había retirado á los Países Bajos, llevando en su corazón y en su cabeza el odio á los franceses y el pensamiento de la venganza; odio y pensamiento alimentados por el mal humor de los padecimientos físicos y por la melancolía de quien no estaba acostumbrado á sufrir reveses. Allí vió con cierta satisfacción interior enredarse en una guerra civil los príncipes alemanes provocados por Alberto de Brandeburg, conjurarse todos contra él, elegir por jefe de la confederación á Mauricio de Sajonia (abril, 1553), y hacerse guerra á muerte Alberto y Mauricio. En los campos de Lieverhausen se encontraron los ejércitos de estos dos príncipes, y se dieron formal batalla (julio, 1553). El de Brandeburg quedó completamente derrotado; pero la victoria de las tropas confederadas costó la vida á su intrépido jefe Mauricio de Sajonia, que murió á los pocos días de su triunfo, de resultas de un pistoletazo que recibió en el combate (3). Así acabó, á los treinta y tres años de su edad, el mas famoso de los príncipes del imperio; el que siendo amigo de Carlos V había aniquilado la liga protestante de Smalkalde, y siendo enemigo del emperador había asegurado la libertad de conciencia en Alemania; el que en una edad en que parece debía faltar todavía la experiencia, había engañado á todos con su astucia, incluso el soberano mas experto de Europa; y el primero que con sus artificios y con su espada hizo descender de su apogeo el poder colosal de Carlos de Austria.

Todavía el bullicioso Alberto de Brandeburg se recobró de aquella derrota y tuvo audacia para volver á provocar con sus bandas de aventureros á los príncipes alemanes, hasta que destrozado en otra sangrienta batalla (12 de setiembre) por el duque de Brunswick, que había sucedido á Mauricio en el mando del ejército confederado, tuvo que buscar un asilo en Francia, donde consumió en la indigencia los años que le quedaron de vida (4).

En tanto que de este modo se agitaban entre sí los alemanes, y que en los Países Bajos andaban también vivas las armas entre franceses y flamencos, corriéndose unos á otros las tierras con gravísimo daño y destrozo del país, Carlos V que no olvidaba el descalabro y la afrenta de Metz, puso en campaña otro ejército, con el cual emprendió el sitio y ataque de Tervere, plaza importante que Francisco I solía llamar «una de las almohadas sobre que podía dormir seguro un rey de Francia,» y que sin duda por esta confianza tenía mas descuidada de lo que debiera su hijo Enrique. Propusieronse los imperiales no dejar descansar á los franceses sobre aquella almohada, y lo consiguieron, no obstante el refuerzo de caballeros jóvenes de Francia que la plaza recibió, pues con tanto ardor apretaron el sitio y con tanto brío dieron el asalto, que al fin se apoderaron de ella, y el emperador mandó arrasar muros y edificios, para quitar de una vez aquel padrastrero de Flandes (junio, 1553). Con igual intrepidez y arrojo atacaron los imperiales á Herdin, y un asalto con no menos vigor emprendido les deparó igual resultado. Distinguióse en esta campaña el ya conocido general flamenco Martín Van Rossen, y dióse á conocer con ventaja por sus primeros ensayos militares el príncipe Filiberto Manuel de Saboya, que pronto había de elevarse á la categoría de los primeros generales de aquel siglo guerrero. En Herdin fué hecho prisionero el general francés Roberto de la Marca (julio), y el de Saboya no se apartó de allí hasta ver arrasada la fortaleza y el pueblo.

Á vista de tales pérdidas creyó necesario el rey de Francia pasar á Flandes en persona, temiendo la superioridad que otra vez iba recobrando el emperador. Pero la presencia de Enrique, si bien detuvo los progresos de los imperiales, no dió á los franceses la ventaja que parecía deberse esperar. La guerra se mantuvo con éxito vario entre Peronne, Cambray, Valenciennes y otras ciudades á que unos y otros alternativamente se dirigian. Hubo muchas escaramuzas y encuentros,

(3) También murieron en la batalla dos hijos del duque de Brunswick y otros personajes de distinción.—Vintzer, *Historia pugnae infelicitatis inter Mauritium et Albertum*.

(4) A Mauricio de Sajonia le sucedió en sus Estados, después de grandes contiendas, su hermano Augusto, príncipe de muy apreciables dotes

pero ningún combate decisivo. Así llegó la estación de las lluvias, y fuese por esto, ó porque se dijo que el emperador, á quien los dolores de la gota tenían meses hacía impedido en Bruselas, venia al campo, Enrique II creyó prudente tomar la vuelta de Francia (22 de setiembre, 1553), y llegando á San Quintín licenció allí mucha parte de su gente. También los imperiales suspendieron la campaña á causa de las lluvias (1).

No era solo en los Países Bajos donde peleaban por este tiempo imperiales y franceses. Además de guerrear también en Toscana con motivo de los sucesos de Siena de que dimos cuenta hace poco, andaba encendida igualmente la guerra en Lombardia. Luchaban allí, por parte del emperador el gobernador de Milan Fernando de Gonzaga, por la del rey de Francia el general Brissac; bien que todas las operaciones del otoño y parte del invierno hasta fin de aquel año (1553) se redujeron á tomarse mutuamente algunas plazas, sin combates que pudieran decidir la superioridad de unas ú otras armas.

En tanto que así iban las operaciones de la guerra, Carlos V había proyectado un nuevo medio de engrandecer su casa y familia, á saber, el de casar al príncipe Felipe su hijo con María, hermana de Eduardo VI de Inglaterra y heredera de aquel reino. Vencidas no pocas dificultades, efectuó el matrimonio (julio, 1554), recibiendo Felipe como dote matrimonial el título de rey de Inglaterra, y por cesion de su padre los de rey de Nápoles y duque de Milan, como en otro lugar mas extensamente diremos.

Ya el rey de Francia había visto, con la inquietud que era natural, las negociaciones matrimoniales de Felipe y María, y hecho, aunque inútilmente, vivas gestiones para romperlas, ó por lo menos para diferirlas; porque contemplaba en aquel enlace una indemnización para Carlos V de sus contratiempos en el imperio alemán. Cuando vió definitivamente frustrado uno y otro intento, apresuróse á hacerle de nuevo la guerra, enviando á las fronteras de Flandes un numeroso ejército, del cual destinó una parte al Artois al mando del mariscal Saint-André, otro por las Ardenas al Henaio á las órdenes del condestable Montmorency. Apoderóse el primero sin disparar un tiro, y por cobardía ó traición del capitán Martigni (26 de julio), de la fortaleza de Mariemburgo, en cuya fortificación había gastado la reina doña María, gobernadora de Flandes, cuantiosas sumas (2). Con esto y haberse puesto el mismo monarca francés al frente de sus tropas, tomaron estas fácilmente por asalto las plazas de Bouvignes y Dinant, llegando á dos millas de Namur, de donde torcieron al Artois. La otra parte del ejército que mandaba Montmorency, tomó también varias poblaciones, incendió otras, y en ambas direcciones iban dejando tras sí los soldados de Enrique las tristes señales del fuego y la devastación. Componian entre todos treinta mil hombres, de ellos ocho mil lansquenets, ocho mil suizos, seis mil jinetes, y mucha y muy buena artillería.

Juntó precipitadamente el emperador cuanta gente pudo, y dió el mando de ella al joven Filiberto de Saboya, que con extraordinaria actividad se puso á la vista del francés en Cambray. Retiróse entonces el de Francia, siempre incendiando y talando hasta ponerse sobre Renti. Allí le siguió hasta darle vista el ejército imperial, y allí se hizo conducir el mismo emperador, no obstante hallarse tan aquejado de la gota que á duras penas y con gran trabajo podía sufrir el movimiento de la litera. Por orden del emperador tomaron posición cinco banderas alemanas y cinco españolas en un monteillo, cuya posesion costó vivos ataques, y fué empeñando poco á poco una acción casi general. En ella se condujeron bizarramente, por parte de los franceses el duque de Guisa, que correspon-

(1) Haræus, Anales de los duques ó príncipes de Brabante: Utrecht, 1623.—Sandoval, lib. XXXI, p. 42 y 43.—Robertson, lib. XI.

(2) Heuter, en su Historia de las cosas de Flandes, dice haber visto en 1560 en Paris, al cobarde y traidor capitán que entregó á Mariemburgo, tan miserable, pobre y desdichado, que todo el mundo se desdeñaba de hablar con él, y allí murió en la pobreza y el desprecio: «que tal es siempre el fin, añade otro historiador, de los traidores cobardes, que aun el mismo que recibe el beneficio de la traición, los aborrece.»

dió en el campo de Renti á la fama que había ganado en el sitio de Metz, por la de los imperiales el capitán español Alfonso de Navarrete, defendiéndose con valentía y manteniendo el orden con sus arcabuceros. Portáronse flojamente, de los franceses el condestable Montmorency, que si hubiera ayudado al de Guisa hubiera podido hacer completa la derrota de los enemigos; de los imperiales, el conde de Nassau, que si hubiera peleado con su infantería y entretenido al menos la caballería francesa hasta que llegara la imperial, se hubiera podido acabar aquel día con los franceses.

El resultado de la batalla fué perderse de ambas partes cerca de tres mil hombres, los mas de la legión de Nassau, que pagó bien su flojedad (13 de agosto, 1554). Mas aunque fué mayor la pérdida de los imperiales, permaneció el emperador en el campo de batalla, y los franceses fueron los que se retiraron por falta de provisiones, haciéndolo en un orden admirable, pero no parando hasta Compiègne. Allí licenció el rey los suizos y los alemanes, dejando por gobernador y general de la Picardía al duque de Vendome (fin de agosto, 1554). El emperador se volvió á Bruselas á entregarse al cuidado de su quebrantadísima salud. Filiberto de Saboya, que quedó con el mando del ejército, siguió en pos de los franceses rescatando varias de las poblaciones que aquellos tomaran antes, y ejecutando en otras los mismos ó mayores estragos que ellos. El humo que salía de los lugares que iba abrasando, ocultaba en medio del día el sol, y á gran distancia no parecía sino noche oscura. En cuantas comarcas corrió el de Saboya hasta Cambray, apenas quedó lugar ni aldea que no abrasara. «Esta manera de guerra de los unos y los otros, dice un sensato escritor español, cierto que era mas inhumanidad que valentía, pues hacian tantos males á los pobres inocentes que no habían dado causa para ellos: siempre han de pagar los súbditos los enojos de sus reyes (3).»

Como fuese ya mediado diciembre cuando el de Saboya llegó á Cambray, y el tiempo no permitiese ya andar en campaña, despidió la caballería y los regimientos alemanes, poniendo á los flamencos en las guarniciones, y á esto se limitó también el de Vendome con su gente.

Las guerras de Italia no iban tan favorablemente para Carlos V. En Toscana duraba la revolución de Siena, de que hicimos antes mencion. En el Piamonte, habiendo sido llamado por el emperador el virey Gonzaga, por quejas que de él le habían dado, el español Gomez Suarez de Figueroa, embajador en Génova, que quedó de general de aquel ejército, y el veterano don Alvaro de Sande, se veían en continuos aprietos y con frecuencia cercados y hostigados por el entendido general francés Brissac. Determinó pues el emperador enviar allí un jefe de su entera satisfacción y confianza: que aunque ya su hijo Felipe era rey de Nápoles y duque de Milan, siempre Carlos V continuó gobernando aquellos reinos y nombrando por sí los capitanes. El escogido fué don Fernando de Toledo, duque de Alba, que se había sabido granjear también la confianza del príncipe-rey, y gozaba con él de mucho valimiento por cierta conformidad de caracteres que entre ellos había. Se nombró pues al duque de Alba generalísimo de los ejércitos imperiales y españoles, se le invistió de amplísimos y casi ilimitados poderes, y se le dió dinero en gran cantidad, armas, caballos, artillería y municiones en abundancia. Con esto partió de Flandes y llegó á largas jornadas á Milan el 13 de junio (1555).

Con gran fama y reputación de entendido y temible general entró el duque de Alba en Italia, y no era menor su presunción, puesto que se jactaba de que en pocas semanas había de arrojar á los franceses del Piamonte. El mismo general francés Brissac envió á pedir al rey Enrique auxilios y refuerzos de gente para ver si podía quebrantar el primer ímpetu del de Alba, conociendo cuán importante era hacerle caer de aquella alta opinión en que se le tenía. El monarca francés, aunque este año (1555) habían vuelto á emprenderse las operaciones de la guerra en los Países Bajos y la Picardía, viendo que se reducían á correr y talar alternativamente los campos

(3) Sandoval, lib. XXXI, párrafo 55.—Hereus, Anales de los príncipes de Brabante.—Paradin, Vida de Enrique II de Francia.

y lugares que cada cual podía y á disputarse tal cual fortaleza y castillo (1), sacó de allí gente para enviarla á Italia con el duque de Aumale, y con esto juntó Brissac un ejército bastante respetable. Largo y fuera de nuestro propósito sería detenemos á referir los variados lances de esta guerra y los mutuos descalabros de imperiales y franceses. Baste decir que no sacó el de Alba el fruto que el emperador se prometía, y que era de esperar de la gran reputación con que en Italia había entrado. Manejóse por el contrario Brissac con tal inteligencia y destreza, que no solamente conservó los territorios y lugares de que antes se apoderara, sino que añadió algunas nuevas conquistas en el Piamonte, hasta que tuvo el de Alba que retirarse á cuarteles de invierno, principalmente por falta de recursos con que pagar la gente de guerra, así la que obraba activamente como la de los presidios, que con harta trabajo percibía de tiempo en tiempo alguna paga (2).

A punto estuvo el emperador de adelantar por medio de una conspiración en su favor mas que por las lánguidas campañas de Flandes y del Piamonte, faltando poco para que le fuera entregada la ciudad de Metz, la mas importante conquista que habían hecho los franceses. El autor de la conspiración era el guardián del convento de San Francisco de aquella ciudad, llamado fray Leonardo. Este hombre concibió el proyecto de entregar la ciudad á Carlos V, acaso porque creyera que le había de remunerar mejor que los franceses. La confianza ilimitada de que gozaba con el de Guisa le ponía en aptitud de obrar con el desembarazo y seguridad de quien sabe que no inspira recelos.

El plan del padre Leonardo era ir introduciendo en el convento cierto número de soldados escogidos del emperador vestidos de frailes. Cuando hubiera ya los que él calculaba suficientes, se acercaría una noche el gobernador imperial de Thionville con buena huete en ademán de escalar los muros, y cuando los soldados de la guarnición acudieran á rechazarlos, los frailes pegarían fuego á la ciudad por diferentes partes. En el aturdimiento y confusión que esto produciría, saldrían del convento los supuestos religiosos, y acometerían por la espalda á los defensores de la población y facilitarían la entrada á los imperiales. El premio de la conjuración sería la mitra de Metz para el padre Leonardo, y una recompensa correspondiente á los demás de la comunidad. Por desgracia suya, y por uno de esos incidentes que en tales casos suelen ocurrir, tuvo aviso el gobernador Villevielle, de que se tramaba algo en el convento de los franciscanos; se personó allá con el mayor sigilo; descubrió los soldados ocultos, prendió al guardián y á los frailes, y les hizo declarar el plan de la conjuración.

Era precisamente el día en que esta había de ejecutarse, y no contento el gobernador con haberle frustrado y deshecho, preparó una emboscada para sorprender á los imperiales que habían de venir de Thionville aquella noche. En efecto, marchaban aquellos confiadamente cuando se vieron bruscamente atacados por los de la celada, y casi todos fueron ó muertos ó prisioneros. Vuelto el gobernador á Metz, mandó que se formara proceso á los conspiradores, y probado y confesado el delito, fueron sentenciados á muerte el guardián y veinte frailes mas. Puestos todos en una sala de la cárcel la víspera de llevarlos al suplicio para que se confesaran unos á otros, comenzaron los mas jóvenes á inculpar con acritud al guardián y á los mas ancianos de haberlos traído con sus seducciones al trance fatal en que se veían; de unas en otras palabras se fueron acalorando, y pasando de las quejas á las vias de hecho, acabaron por asesinar al guardián y maltratar duramente á los otros. Al día siguiente fueron todos conducidos al patíbulo, llevando en un carro el cadáver del padre guar-

(1) Allí murió, en Charlemont, el distinguido general flamenco Martín Van Rossen. Díjose que le habían envenenado en una paloma cocida, de que él gustaba mucho, por envidia del favor que gozaba con el emperador. Sucedióle Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, que levantó un castillo con el nombre de Philippeville en gracia del príncipe don Felipe.

(2) Guichenon, Hist. Genealogique de la maison de Savoie, tom. I.—Sandoval, lib. XXXII, pár. 7 á 28.

dian. Parece que los seis mas jóvenes fueron indultados. Tal y tan triste remate tuvo la conspiración de los franciscanos de Metz (3).

Las guerras entre Carlos V y Enrique II en Flandes, en Francia y en Lombardía habían sido causa de diferirse la celebración de la Dieta imperial en que, según el tratado de Passau de 1552, debían resolverse definitivamente las cuestiones religiosas de Alemania. Al fin se tuvo este año (1555) en Augsburgo, y á causa de los males que trabajaban y tenían casi impedido al emperador, la presidió su hermano Fernando, rey de romanos. Expuso en ella Fernando el gran deseo que al César y á él animaba de poner término á las disensiones religiosas que tanto habían agitado al imperio. Ponderó lo que el emperador su hermano había trabajado por la celebración del concilio general, manifestó las dificultades que entonces había para que este volviera á reunirse, é indicó su esperanza de que obrando la Dieta con sensatez, y discutiéndose los puntos de la doctrina religiosa entre varones doctos y moderados de uno y otro partido, se podría venir, si no á una completa unidad de sentimientos, por lo menos á una mutua y provechosa tolerancia.

Nacia esta tolerancia de Fernando para con los protestantes de dos principales causas. Era la una, que los necesitaba, como en otra ocasión ya hemos visto, para que le ayudaran á defender la Hungría contra los turcos. La otra, y no menos principal, era, que sabiendo el empeño que Carlos V su hermano tenía en transmitir el trono imperial á su hijo Felipe, y estando él resuelto á no ceder un ápice de sus pretensiones á la sucesión del imperio, conveniale mucho no disgustar, y si atraerse la voluntad de los príncipes electores, muchos de los cuales eran luteranos.

Con este propósito procuró dar y dió tan hábil giro á las discusiones de la asamblea, que despues de cruzarse varias pretensiones de católicos y reformistas en opuesto sentido, consiguió que todos llegaran á convenir en una conciliación fundada en las bases siguientes: que los protestantes pudieran profesar y ejercer libremente la doctrina y culto de la confesión de Augsburgo, sin ser inquietados por nadie, y que al mismo tiempo los católicos no serian tampoco turbados en la profesión y ejercicio de sus dogmas y ceremonias: que las disputas religiosas que en lo sucesivo pudieran ocurrir se habrían de resolver por el solo y pacífico medio de las conferencias. Tal fué el famoso decreto de la Dieta de Augsburgo de 1555, y tal el desenlace que al cabo de tantos años de sangrientas guerras y turbaciones se dió á las célebres disputas religiosas de Alemania, con tanta ventaja de los protestantes como daño de la unidad católica romana (4).

Durante la Dieta murió el papa Julio III (23 de marzo, 1555). Sucedióle en la silla pontificia el cardenal Marcelo Cervino, que como Adriano VI, á quien se asemejaba en las virtudes, conservó en el pontificado su antiguo nombre, y se llamó Marcelo II. Enemigo del nepotismo, prohibió á sus sobrinos hasta presentarse en Roma. Animábanle los mas puros y santos deseos en favor de la cristiandad, y se esperaban de él grandes cosas, pero la muerte, que le arrebató á los veintidós días de su elevación, privó á la Iglesia de las esperanzas que fundaba en sus virtudes.

Muy otro era el carácter del cardenal Juan Pedro Caraffa, que sucedió á Marcelo en la Santa Sede (23 de mayo, 1555) con el nombre de Paulo IV. Fundador del orden de teatinos, á cuya comunidad se había asociado, mostrando siempre mas afición á la pobreza, al recogimiento y á la austeridad monástica que á las altas dignidades, mudó enteramente de costumbres desde el momento de su exaltación á la cátedra de San Pedro, á pesar de los ochenta años que ya contaba. Habiéndole preguntado su mayordomo cómo quería que se le tratara en su nuevo estado, respondió: *Con magnificencia, como conviene á príncipes*. Por lo tanto, la coronación del antiguo teatino fué

(3) Cuenta Robertson este suceso, refiriéndose á unas Memorias del mariscal Villevielle.

(4) Sleidan, Maimbourg, Seckendorf, y demás historiadores de la Reforma.—Pallavic. y Sarpi, Hist. del concilio de Trento.—Sandoval, Robertson y demás historiadores de Carlos V.

la mas suntuosa que se había visto hasta entonces; y su ostentación y liberalidad, por lo mismo que eran inesperadas, halagaron tanto al pueblo romano, amante del boato y de la pompa, que le levantaron una estatua de mármol, y crearon para la guardia de su persona un lucido escuadrón de ciento veinte caballeros. Al revés de su antecesor Marcelo, manifestó tanta afición al nepotismo, que en su primera promoción no creó sino un solo cardenal, que fué su sobrino Carlos Caraffa, cuyas costumbres no eran ciertamente las mas adecuadas al estado eclesiástico, y al otro hijo de su hermano le nombró gobernador de Roma. Y el que hasta entonces había parecido tan humilde y templado, desplegó á la edad octogenaria un genio tan receloso y suspicaz y una condición tan fuerte y recia, que admiró á todos (1).

Aborrecía el nuevo pontífice al emperador Carlos V, por la oposición que los cardenales del partido imperial habían hecho á su elección. Concitaban y alimentaban mas esta enemistad sus dos sobrinos y favoritos, por quejas que tenían del César, que no los había tratado con la distinción que creían era debida á su nacimiento (2). Valíanse de toda clase de artificios para indisponer á su tío, mas de lo que ya estaba, con el emperador, y para excitarle á que hiciera contra él alianza ofensiva y defensiva con el rey de Francia. Ya consiguieron que enviara al francés un embajador haciendo ventajosas proposiciones para unir sus fuerzas á fin de quitar á Carlos el ducado de Toscana y el reino de Nápoles, que los dos se repartirían buenamente. Aconsejaba al rey Enrique el condestable Montmorency que desechara semejante confederación, fundándose principalmente, aparte de otros inconvenientes, en los pocos años de vida que prometía la avanzadísima edad del papa. Pero animado en contrario sentido por el duque de Guisa y por su hermano el cardenal de Lorena, que ambos llevaban en ello un interés personal, accedió á enviar al de Lorena á Roma con amplios poderes para tratar con el pontífice. Cuando Paulo IV comenzaba á fluctuar de nuevo entre el deseo y el temor de romper abiertamente con Carlos V, llególe la nueva del decreto de la Dieta de Augsburgo. La tolerancia que en él se establecía con los herejes luteranos, le hizo prorumpir en arrebatos de ira y en coléricas imprecaciones contra el emperador y contra el rey Fernando. Considerando la resolución de la asamblea como una usurpación escandalosa de la jurisdicción pontificia, declaró nulas sus decisiones, amenazó al embajador imperial con los efectos de su venganza si no se revocaban, y para que el emperador no se excusara con el compromiso adquirido, le relevó, en uso de su autoridad apostólica, de sus promesas y obligaciones, y aun le prohibió cumplirlas. Con estas disposiciones, que sus sobrinos cuidaban bien de alimentar, fácil le fué al cardenal de Lorena inducirle y resolverle á firmar el tratado con Francia bajo las condiciones que ya había propuesto su legado en Paris, si bien conviniendo en tener secreta la confederación hasta que todo estuviera preparado y pronto para obrar.

Era esto tanto mas notable y extraño, cuanto que cansados ya de tantas guerras el emperador y el rey de Francia, trataban de ajustar en Cambray una tregua de cinco años, que había de empezar á correr desde febrero de 1556 (3). Este pensamiento disgustó á muchos italianos, y principalmente á la familia Caraffa, y mas señaladamente todavía al pontífice Paulo IV (4).

(1) Castaldo, Vida de Paulo IV.—Artaud de Montor, Vidas de los Soberanos Pontífices.—«Sacó, dice Sandoval, de aquellas cenizas de su viejo pecho unas brasas de cólera é indignación... etc.» Lib. XXXII, p. 2.

(2) Uno de ellos había servido en el ejército imperial, y se había pasado despues á las banderas de Francia. Era amigo del general Strozzi que mandaba el ejército francés en la sublevación de Siena.

(3) Las bases de esta tregua eran: que cesasen en este tiempo las hostilidades en los reinos y estados de ambas coronas; que cada una de las partes retuviese lo ocupado hasta entonces; que el que faltare voluntariamente á lo pactado fuese castigado con pena de muerte; que se respetasen las tierras que de presenta poseía el duque de Saboya; que no se comprendiese en la tregua ni á Alberto de Brandeburg ni á los rebeldes y forajidos napolitanos; que ningún francés pudiese pasar con mercancías á las Indias sin licencia de Su Majestad imperial.

(4) El obispo Sandoval se expresa con este motivo acerca del papa

Los tratos entre el pontífice y el francés no estuvieron tan secretos que no los supiese el emperador; pero procediendo en este caso con una moderación ejemplar tanto él como su hijo Felipe, rey de Inglaterra y de Nápoles, sin perjuicio de aperebir para lo que necesario fuese al duque de Alba, al de Florencia, á Fernando de Gonzaga, á don Bernardino de Mendoza y á otros generales, acordaron los dos enviar á Roma á Garcilaso de la Vega como embajador con instrucciones públicas y privadas (dadas en Bruselas á 4 y 7 de octubre, 1555), para que viese de apartar al pontífice del mal paso en que con el de Francia se había empeñado. En unas y otras instrucciones encargaban á Garcilaso que se hubiese con el Santo Padre con el respeto y templanza que él sabría usar; lo cual fué mejor recomendado que cumplido, puesto que la dureza del papa puso al embajador español en el caso sensible de decir también á Paulo IV cosas hartas fuertes y amargas, y con tanto valor y brio que le costó sufrir estrecha prisión en el castillo de Sant-Angelo, dejando en Roma memoria de su entereza (5).

En tal situación, un acontecimiento inesperado, grande, ruidoso, importantísimo, vino á asombrar á los príncipes y á variar la faz de los negocios políticos de Europa. Nos referimos á la célebre abdicación que el emperador Carlos V hizo de los Estados de Flandes y Brabante (28 de octubre) en su hijo el príncipe don Felipe, y á la cesión que poco tiempo despues hizo en el mismo príncipe (16 de enero, 1556) de la corona de España y de todos los dominios de ella dependientes en el antiguo y en el nuevo mundo, dando á los dos mundos el sublime y raro ejemplo de desprenderse voluntariamente de tanta grandeza y tanto poder para cambiarla por la humilde y silenciosa vivienda de un claustro.

Mas como quiera que este gran suceso merezca ser considerado separada y detenidamente, y hayamos llegado á la época y punto que en este capítulo nos propusimos, hacemos aquí alto; porque ya es tiempo también de dar cuenta de lo que, ya en otras partes, ya en la España misma, había acontecido durante este largo periodo que pasó el emperador allá en Alemania y en Flandes.

CAPÍTULO XXX

AFRICA

Dragut

DE 1540 Á 1555

Quién era Dragut.—Su carrera al servicio de Barbaroja.—Cae prisionero de Andrés Doria.—Recobra su libertad.—Sus progresos en la piratería.—Persiguenle los almirantes y generales del imperio.—Se apodera de la ciudad de Africa.—Empléase contra él todo el poder marítimo del emperador.—Sitio de Africa por los cristianos.—El virey de Sicilia: el almirante Doria: don García de Toledo: el gobernador de la Goleta.—Combate con Dragut.—Llegan refuerzos de Italia á los imperiales.—Atacan reciamente la ciudad.—Heróica defensa de los turcos y moros.—Entranla los cristianos.—Combates sangrientos en calles y plazas.—Dominan los imperiales la población.—Muertes de españoles ilustres.—Es asolada la ciudad.—Dragut en las costas de Italia.—Malta asaltada por los turcos: son rechazados.—Conquista el turco á Trípoli.—Sinan y Dragut en Córcega.—Conquista de Bonifacio.—Piérdese Bugía.—Fórmase proceso al gobernador de Bugía, y es decapitado en la plaza de Valladolid.

Como si fuera poco el movimiento y el tráfigo que en toda la extensión y de uno á otro confin del continente europeo traía Carlos V, tampoco faltaba nunca quien distrajera su atención y sus fuerzas en los mares, quien inquietara sus posesiones de una y otra costa del Mediterráneo, y quien le disputara los dominios litorales de Africa y de Europa.

Paulo IV en los duros términos siguientes: «Mucho menos (dice) contentó esta tregua al papa Paulo IV, que con su vieja pasión ardía aquel sujeto seco, y sin poder mas fingir la santidad con que tanto tiempo había engañado, quitando la máscara á su hipocresía, antes que este año se acabase movió la guerra y perturbó la paz en odio del emperador, moviéndose contra Marco Antonio Colona, y tratando con el rey de Francia de ganar el reino de Nápoles.» Lib. XXXII, pár. 29.

(5) Archivo de Simancas, Estado, Roma.—Sandoval, lib. XXXII, párrafo 31.